

# Ciudad lacustre: Tiempos de reflexión

Cristina Barros

TIEMPOS DE REFLEXIÓN, tiempos de fortalecer la identidad y despertar conciencia por todos los caminos al alcance. En este contexto llega a nuestras manos la colección de cuentos *Ciudad lacustre* de Pedro Moctezuma Barragán.

La esperanza se lee entre las líneas de estos cuentos. No se trata de una posición pueril, porque también está ahí presente la realidad más cruda. Pero Pedro cree en las personas, cree en la fuerza que da hacer comunidad, pertenecer y tener firmes las raíces.

Los dos primeros cuentos hablan de eso. De nuestro pasado común, de sus logros y sus desgarramientos. La mujer tiene parte importante en estas historias. La mujer que crea y la mujer que lucha. La mujer capaz de amar a su compañero, pero también a la tierra.

Matlalli es un ejemplo de ello. Al tiempo que va madurando su amor por Topiltzin y luego se va gestando en su entraña el fruto de ese amor, va creciendo la planta de maíz, toctli, y se va llenando la mazorca, el elotl que devendrá en el grano, el centli, el alimento que nos da la vida, el que ríe, camina, se alegra y llora porque somos uno; él nos necesita para desarrollarse, nos es indispensable porque de su carne surge nuestro ser.

Pedro nos regala una bella alegoría del surgimiento del maíz y jugando con el náhuatl que tan bien conoce, forma un ramillete de palabras unidas por ese centli sagrado: ce para uno, cetiliztli para unidad, centlacotla para amar profundamente, cemanqui para permanecer y finalmente, Cemanáhuac para nombrar al mundo, nuestra casa, la que nos alimenta y contiene. La Pachamama dirían los quechuas, la madre tierra.

El conocimiento de las sutilezas de la cultura mexicana se evidencia en esta bella historia: “En nombre del maíz”, y también en la que sigue, que hace honor a Tecuichpo, su Toci, Isabel Moctezuma, la abuela que ha marcado el camino de los dos gemelos, Pedro y Pablo, y también de Andrés que se han volcado en la difusión de la raíz más honda, la indígena, la que nos es más propia. Somos indios en la manera de amar, de comer, de relacionarnos escribirá Octavio Paz, porque al nacer y crecer aquí, nos hacemos gente de maíz; sólo los renegados son ciegos ante esta realidad.

Pedro se propuso, me cuenta, reducir las cerca de 600 páginas que había escrito, al mínimo posible. Esta decantación que sólo surge cuando se ahonda y se reflexiona buscando las esencias, es palpable en Tecuichpo. El drama brutal de la conquista se condensa en veinte páginas. No hace falta más para sentir en carne propia la destrucción de aquel mundo, la brutalidad de los invasores, la muerte, la desolación que se muestra ante nuestros ojos y ante los de aquella joven casi niña cuyos ojos asoman apenas en la petaca, petlacalli, que la resguarda.

Así como hoy nos azoramos ante quienes sin dudar venden los recursos de la Patria, matan por negligencia a sus propios hermanos, buscan entregar el maíz que es de todos en manos mercenarias, y siguen sin saciar su sed de oro, su codicia, así se asombraron nuestros antepasados ante la conducta de los invasores. ¿Ustedes comen oro?, les preguntó a los invasores el inca Atahualpa, como Tecuichpo se habrá preguntado hace más de 500 años “¿Quiénes son? ¿Ante quién responden? ¿Tienen rostro? ¿Les late algo en el pecho? ¿Son vacuidad?”

Pero lo que más le pudo, escribe el narrador, fue la mirada de odio que dirigen Ixtlixóchitl y sus tlaxcaltecas a Cuauhtémoc. Los que se identificaron con los invasores, los que hoy hacen coro a los poderosos y entregan nuestros bienes y a sus hermanos, son los que asombran más, los que al perderse a sí mismos nos causan mayor sorpresa y abatimiento.

Pero están los otros, los que admiran a la dualidad de Tecuichpo encarnada en Cuauhtémoc. El principio femenino y masculino que se funden para dar paso al tiempo nuevo. Otro mundo es posible. No es el fin, adivina la hija de Moctezuma Xocoyotzin, “El corazón de su linaje volverá a palpitar en un nuevo amanecer.” Y sí, hoy como ayer, habrá que elevar el vuelo, ver desde lo alto, y ver hacia ese futuro que van construyendo los que creen en su pueblo y luchan por él.

Y si, tal vez se requiera un encendedor *clipper* para reavivar el fuego original, pero lo importante es no perder la unión y la ritualidad. Como ocurre en “La manzana”, ese lugar levantado a duras penas, cuyos habitantes reaccionan ante un acto de irresponsabilidad más de los transportistas que enciende la llama y propicia la unidad que da la fuerza. Dedicaré mi vida, dice el protagonista de este cuento autobiográfico, a “que no mueran más bebés”. Tendremos que dedicar la vida, cada quien en su trinchera, a impedir más injusticia. Habrá la tentación de traicionar, como Chuchín, que se salva de ser el delator de Tomás, su amigo y compañero, gracias a un sismo. Pero tendrá que ser más fuerte el deseo de salir adelante y detener ya de una vez, tanto abuso, tanta impunidad, tanto agravio.

Los niños de Hermosillo podría ser la gota que derrame el vaso, la que provoque que las mujeres, las madres, las abuelas veamos en esos niños a nuestro hijos, a nuestros nietos y nos decidamos al ya basta. Pareciera que está cerca, pero habrá que no dejarse llevar por el hartazgo que desemboca en gestos estériles y ver con claridad el camino y la estrategia.

Si el libro inicia en la Cuenca de México, ahí también termina. “Ciudad lacustre” es la utopía, el sueño casi infantil que está en tantos defechos y mexiquenses que hemos visto como se van secando los lagos y disminuyen los acociles, los ajolotes, el ahauhtli, el tecuixtlatl, las mil aves que cautivaban a los antiguos habitantes de ese lago y luego a

tantos escritores y viajeros que todavía vieron sus rastros en las primeras décadas del siglo pasado, y que tan bien describe Gabriel Espinosa Pineda en su libro *El embrujo del lago*.

No se entiende cómo, quienes tienen el poder político siguen viendo para sí mismos y no se conmueven ante esta Cuenca y su belleza: Xochimilco, Tláhuac, Milpa Alta, la cañada de Contreras donde nace el río Magdalena, el único río vivo de la ciudad como se le nombra, sin darnos cuenta de la gravedad que implica su orfandad. Y limitando con el defe, ya en el Estado de México, la zona de recarga del Chichinautzin, Chalco. Podríamos volver a preguntarles a los gobernantes de aquí y de allá ¿qué ustedes comen, beben oro? Porque sólo así se entiende que atenten contra la vida, que sólo piensen en asfaltar y ahogar en pavimento los bosques, los ríos, los lagos. ¿Qué beberán mañana o a donde piensan ir cuando se haya destruido todo?

Pero no, vendrá el despertar y la lucha. Ni un megaproyecto más. Sandra y Tonatiuh surcarán en un barco las aguas del lago de Chalco tomados de la mano, felices porque la vida se impondrá sobre la muerte, y la ciudad, nuestra bella ciudad y sus alrededores, la “fisonomía de jade de la Cuenca de Anáhuac y su aire transparente” serán “punto de referencia atractivo para la vida plena.”

Felicidades pues a Pedro por su libro, a Guadalupe Urbina como diseñadora, a los ilustradores Aurora Moctezuma y Malinalli, a Lorena Moctezuma por su canto. Gracias a él y a quienes luchan con él para cambiar al mundo, y a la Universidad Autónoma Metropolitana por publicar este libro, por abrirnos sus puertas para presentarlo y por cumplir con su encomienda a través de proyectos como el Centro para la Sustentabilidad Incalli Ixchahuicopa, Centli por mejor nombre, que abre nuevos caminos que permiten soñar y tener esperanza. •

En el corazón de la ciudad lacustre, Tenochtitlan, a 11 de junio de 2009, en el cumpleaños 500 de Tecuichpo, hija de Moctezuma Xocoyotzin.

CRISTINA BARROS. Escritora, cronista de la vida cultural en el diario La Jornada y maestra en letras por la UNAM. Correo electrónico: marcri44@yahoo.com.mx